

**CLASES MEMORABLES DEL DR. EMILIO KOMAR
VER EL ORDEN DETRÁS DEL DESORDEN
RECORDADA POR EL DR. ALBERTO BERRO EN 2006, EN HOMENAJE
AL MAESTRO, EN LA SEDE DE LA FUNDACIÓN EMILIO KOMAR.**

1. MARCO METAFÍSICO

Se trata de una de una de las clases mensuales que durante varios años el Dr. Komar nos daba al grupo de filósofos jóvenes que formamos su primera camada de discípulos de la UCA. Fue en 1982 en lo de Delbosco, sobre la base del texto de Contra Gentiles de Santo Tomás *Deus produxit res in esse eas ordinando* (Dios produce las cosas en el ser ordenándolas). Se contraponen este enfoque al nominalismo entendido metafísicamente como negación de las esencias en las cosas o de nuestra capacidad de conocerlas, y por lo tanto como negación de todo orden dado.

Para el nominalismo lo ‘real’, lo dado, que está ‘debajo’, es caótico, y el ‘orden’ es extrínseco, artificial, impuesto por el hombre. En cambio, en la perspectiva creacionista, el fondo de las cosas siempre es un orden natural y dado, sabiamente pensado y amado por el creador. El orden es definido como un trascendental. El orden no sólo es en relación con lo otro: en cada ente hay un orden interno. Cada ente, cada cosa o persona tiene su propio ‘orden’ (y el desorden es ante todo una negación del orden de la cosa misma).

La ‘norma’ entonces para el hombre es siempre tratar de conocer cada vez mejor ese orden que hay, no sólo entre las cosas, sino ‘dentro’ de cada cosa, como orden propio de la cosa, y que está dado fundamentalmente por su esencia específica e individual.

Y a partir de ese conocimiento tratar de adecuar nuestra acción a lo que ese orden requiere. Colaborar con ese orden puesto por el creador en cada cosa. Esto ha sido enseñanza constante de Komar. De aquí la necesidad de una atención permanente, de una inteligencia contemplativa como penetración en el sentido de cada cosa que obre como principio rector de nuestra acción.

2. ORDEN Y DESORDEN EN LAS COSAS

En esta clase el tema en particular era el desorden. Naturaleza del desorden (y del mal, que son equivalentes) en una perspectiva creacionista. Y actitudes que se derivan como adecuadas frente a la existencia de ese mal y de ese desorden.

Así como el mal es privación de bien, el desorden es privación o ausencia de orden. Radica en un orden y es una rotura del orden.

Si el orden es definido como un trascendental, así como vale decir:

malum non potest inveniri sine bono (el mal no puede darse sin el bien)

falsum non potest inveniri sine vero (lo falso no puede darse sin lo verdadero),

también se debe decir que el desorden no puede darse sin el orden.

Todo desorden presupone un orden, en dos sentidos: el orden roto del que es negación, y el orden subyacente desde el cual se lo comprende y corrige, y que es ineliminable. Igual que sucede con el mal respecto del bien.

Hay que distinguir totalmente el desorden del ‘caos’. Komar enseñaba que la palabra griega *jáos* significaba, como suena onomatopéyicamente, ‘bostezo de la tierra’, y de allí abismo, vacío, nada. Sobre un *jáos* la única acción posible es demiúrgica, como en Platón. El desorden es otra cosa. Presupone un ser preexistente, que ya es un orden. Es la privación del orden debido a la cosa. Es ‘injusticia’ en sentido más amplio:

- un organismo enfermo es un desorden al que subyace un orden,
- un paciente de psicoterapia manifiesta un desorden al que subyace un orden,
- una institución o una empresa con problemas tiene desórdenes a los que subyace un orden,
- el país que no funciona,
- el campo del conocimiento de sí mismo y de las propias dificultades, o el del conocimiento del otro y su problemática.

El “diagnóstico y tratamiento” siempre se realizan a partir del orden que en cada caso ha sido roto, y del orden subyacente que posibilita la corrección, el ‘arreglo’.

Esto se puede entender mejor partiendo del orden en los artefactos. Hay un auto que tiene la su estructura proveniente de determinado fabricante que lo pensó y lo produjo. El auto tiene su ‘orden’ propio, general y particular. Imaginemos que a un buen mecánico le presentan ese auto roto. Puede comprender dónde y qué está roto, por qué no funciona, porque conoce cuál es ese ‘orden’ del auto. Y desde el orden propio de ese auto puede ver el desorden y repararlo. Partiendo de lo que está ‘bien’ en el auto, es decir ordenado, partiendo de la ‘norma’, de lo ‘normal’ de ese auto de acuerdo a cómo fue hecho, va a reparar las partes rotas, para completar o restaurar el orden completo de ese auto, para ‘arreglarlo’ (verbo que proviene del sustantivo ‘regla’). Sólo el que conoce la regla puede arreglar lo desarreglado.

Imaginemos un buen médico ante un enfermo. Aunque es más difícil porque el creador es una sabiduría infinita, sabe cómo es el ‘orden’ de un organismo sano en general y a partir de allí puede ver dónde están los desórdenes que tiene que atacar. Un análisis de sangre y otros estudios nos dan los valores de referencia, que son los ordenados, y a partir de allí se desprende dónde están los desórdenes (excesos y defectos) que indican las pautas de la enfermedad, que es un desorden. La enfermedad, por su parte, no es un ‘caos’ (vacío), sino un conjunto de síntomas que revelan un determinado desorden, que es un orden roto. No hay enfermedad sin salud (como orden subyacente y como orden roto por la enfermedad). La salud no es la ausencia de enfermedad, sino que la enfermedad es la ausencia de salud.

Imaginemos un buen psicoterapeuta. Sabe por ciencia y experiencia cuál es el ‘orden’ en general de un psiquismo básicamente sano, y si conoce a su paciente sabe más, va descubriendo dónde está el orden propio de su paciente, y en base a él va construyendo en base al diagnóstico y al diálogo una buena hipótesis (nunca rígida ni terminada) de lo que su paciente necesita lograr. El mismo enfermo le va revelando por qué y para qué está enfermo. Y trabaja como ‘colaborador’ del orden del paciente, cuyas propias acciones van a ser las que lo curan, las que lo ‘arreglan’ (Aristóteles: lo natural viviente tiene en sí el principio activo de su propia reparación). La enfermedad psíquica es un desorden que responde a un por qué, y también a un para qué. No es un caos total. El terapeuta sabe esto, y se mueve con esta seguridad de base, aunque en lo concreto pueda encontrar muchas dificultades en su labor. Y saber esto produce un profundo alivio en el paciente (como también sucede con el paciente de una enfermedad física): descubrir o saber que subyace en

él un orden que, como fundamento del desorden e iluminación de su 'rotura', explica ese desorden y lo ubica en un contexto de lógica y sentido. Desorden tampoco es sinónimo de sinsentido ni de absurdo.

Algo parecido sucedería con un buen director, experimentado, que es llevado a arreglar un colegio con problemas. Debería ver el desorden existente a la luz del 'orden' propio de todo colegio, y de ese colegio en particular, y a partir de allí tomar decisiones curadoras, 'arregladoras', 'normalizadoras', etc.

3. FALSO OPTIMISMO

A partir de aquí la clase apunta a señalar, en el trato con personas, cosas y situaciones la necesidad imperativa de una doble visión: por un lado, ver lúcidamente el desorden, no mirar para el costado, no taparlo con órdenes ficticios ni con cegueras piadosas. Por otro lado, ver el orden que hay detrás de ese desorden (punto 4). Ambas visiones van juntas, son inseparables. No puedo ver el des-orden sino desde el orden roto, y no puedo ver el orden de la cosa sin ver a la vez en qué está desordenado. Es como mirar un mapa mal hecho a trasluz de un mapa bien hecho.

El ver el mal y el desorden es condición sine qua non del realismo. Si el espíritu no encuentra su verdad en el desgarramiento queda fuera de la realidad (en este punto el Dr. Komar usaba un texto de Hegel).

El falso optimismo consiste en no querer mirar este desorden, pretender minimizarlo, principalmente si se trata de un desorden moral, o si su causa es un desorden moral. También sucede con ciertas enfermedades no aceptadas, tanto físicas como psíquicas. Tapar el desorden no lleva a la salud, sino que aleja inevitablemente de ella.

El verdadero 'optimismo' nunca puede ser ciego, como el amor. No sirve de nada negar el mal y el desorden. Tiene que atravesarlo y ver más allá, mediante una mirada más profunda. Debemos cuidarnos de un optimismo demasiado consolador que parte de la mentira o de la negación. Komar criticaba el optimismo de Teilhard, que consistía en no hablar del mal. Esta actitud destruye el realismo y no ayuda para nada a la cosa.

Komar cuestionaba este irrealismo 'piadoso' según el cual ver y señalar el desorden del otro, por ejemplo ejercer la crítica lúcida dentro de la Iglesia, es falta de caridad. No es caridad verdadera tapar los desórdenes. Jesús le dijo a la samaritana: 'has tenido cinco maridos, y el que tienes ahora no lo es'. Pero ella no se enojó ni lo consideró falto de caridad: 'veo que eres profeta'. Hasta estaba contenta: 'me ha dicho todo lo que hice', les decía a sus compatriotas.

En la clase Komar comparaba la redención en sentido católico con la redención en Lutero, en quien no consiste en curar el desorden sino en taparlo con la gracia de Cristo. Tampoco aparece aquí el orden, ni como subyacente ni como restaurado (lo cual presupone el enfoque nominalista, fundado en el voluntarismo divino y en el debilitado sentido de creación y de orden natural).

Error magna pars miseriae est, el error constituye una parte muy grande del sufrimiento humano. La no lucidez frente al desorden es una forma de error o de mentira vital que trae mayores sufrimientos y problemas.

4. FALSO PESIMISMO

Pero a su vez no existe el puro desorden. Es un imposible metafísico. En otros momentos Komar no consideraba equivocada la definición de su pensamiento como optimismo metafísico unido a cierto ‘pesimismo moral’.

Hay que ver el orden detrás. El falso pesimismo consistiría en ver todo como puro lío, como caos y sinsentido, es decir no verlo como orden roto, por no ver el orden que subyace. Es la incapacidad para ver el orden subyacente la que lleva a ver el desorden como mero absurdo. Esta actitud también hace imposible el realismo. La mirada no soporta el absurdo y entonces se tiende a no mirar de frente, a no ver o a negar.

El falso pesimismo y el falso optimismo se condicionan mutuamente como actitudes bipolares. Ninguna de las dos ‘ve el orden detrás del desorden’. Como falsas alternativas ninguna de ellas da en la tecla. En general para huir del pesimismo se cae en el falso optimismo. No se puede subsistir si sólo se ve el lío, si se ve el desorden sin el orden detrás.

El ‘optimismo cristiano’ (y católico) tiene un doble fundamento: el orden de la creación, que no fue destruido sino sólo herido por el Pecado Original, y la Curación de esa herida por la Redención de Cristo.

El creacionismo vivido permite plantarle cara al mal y mirarlo de frente sin desesperar. Y la redención de Cristo ayuda por la esperanza de una verdadera ‘redención’, es decir, de una curación del desorden roto desde adentro (*gratia sanat naturam, gratia restaurat naturam*). Esto lleva a una lucidez ‘optimista’ o (mejor) esperanzada.

Existe un ‘sentido’ en cada cosa. Si vemos el sentido, tras el desorden se ve el orden roto. Esta lucidez descubre un cierto ‘sentido’ y una ‘racionalidad’ también en el mal y en el desorden. El mal y el desorden tienen una lógica que no es accesible a la ratio. Ejemplo: la enfermedad física o psíquica. Hay un ‘cómo deberían haber sido’ las cosas y no son, que nos marca el camino de la posible curación. Y hay un por qué no fueron como debían ser. En la historia (universal y particular) también hay un ‘cómo deberían haber sido las cosas y no fueron’, para que el desorden no se produjera. Como ejemplo, el Dr. Komar siempre se lamentaba de lo débiles que habían sido las reacciones iniciales ante el nazismo, y de lo diferente que hubiera sido la historia si Francia e Inglaterra no se hubieran dejado impresionar tanto por la propaganda nazi. Porque la historia es resultado de las libres decisiones, acertadas o torcidas, de los hombres. En la historia personal, la libertad desacertada y ciega produce la herida o ruptura del propio orden por no respetarlo. Hay que restaurar el orden roto permanentemente (es la doctrina de la *Restitutio*, restitución, como forma ‘posible’ e imperfecta de justicia). Corrección de lo desordenado, reencauzamiento, “bacheo”. No se puede construir una calle totalmente nueva encima de la calle destruida, como si el orden fuera artificial. Hay que estar arreglando todo el tiempo lo que todo el tiempo se está desordenando.

La mirada realista es apertura al orden subyacente, y desde él mirada clara al desorden. Es procurar siempre entender en profundidad lo que pasa. *Intus-legere*, leer dentro. Esta mirada no elimina el problema, pero calma y orienta.

5. AMOR Y CRÍTICA

El verdadero amor de una creatura exige siempre ver su orden propio detrás de su desorden. La lucidez para ver el desorden forma parte del verdadero amor al otro, como a sí mismo. Todo amor es amor al orden de lo amado (es decir, al ser, al bien y la verdad de lo amado). No se puede amar el desorden en cuanto tal, como tampoco al mal ni a la mentira. Amamos al ser del otro, y con él a su bondad y verdad, a su orden. Y a partir de aquí luchamos con su mal, con su mentira y su desorden.

Lo mismo con nosotros mismos. Amamos nuestro propio ser, nuestro bien, nuestra verdad, nuestro orden. Y desde allí debemos declararle la guerra a nuestra maldad, a nuestras mentiras, a nuestros desórdenes, por amor a nosotros mismos. No podemos darnos el lujo de ser ‘complacientes’ con el desorden de lo que amamos, aunque a veces debamos aceptarlo y tolerarlo como mal menor o inevitable.

El amor al otro o a sí mismo es entonces un amor crítico, que ve el desorden y tiende a restaurar (al principio mentalmente, luego activamente) el orden del otro o de nosotros mismos.

La crítica ‘benévola’ (que recomendaba el maestro turinés del Dr. Komar, Carlo Mazzantini) quiere el bien del otro, no quiere su desorden, y siempre lo critica (juzga, discierne) amando su ser de fondo. Y busca ser justa y lúcida.

Cuando se ve el orden puede haber intelección y resonancia valoral positiva. Se genera un movimiento afectivo positivo de fondo hacia la cosa o persona ‘desordenada’. Ayuda a ‘amar al enemigo’, no en cuanto enemigo. Al adversario, no en cuanto adversario. En su condición de ser, de bien, de orden detrás de su propio desorden.

Esto nos pasaba con Komar: a veces hablaba de cierta persona en la intimidad y cuando uno lo escuchaba le parecía que la odiaba. Hablaba enojado, molesto por algún desorden que veía en esa persona. Y en otros momentos hablaba de la misma persona con gran afecto, que a uno lo desconcertaba. Parecía que hablaba de otra persona. También le pasaba con los filósofos, a los que estudiaba a fondo y a quienes parecía comprender como si fueran personas cercanas. No eran actitudes contradictorias, él veía las dos cosas: el orden y su desorden en la persona del otro.

Agustín subraya un doble error: odiar al prójimo a causa de sus vicios, o amar sus vicios a causa del amor al prójimo.

6. NOMINALISMO FRENTE AL BIEN Y AL MAL

Komar también se detiene en la clase en la perspectiva contraria, la del nominalismo. El realismo ‘fáctico’, nominalista, de los ‘puros hechos’, no es realismo integral. Lo que ve en la realidad como dado es un material sin sentido ni esencia propia, que no orienta ni guía. Es sólo ‘material plasmable’ para una pura acción creadora, moldeadora por un orden extrínseco. No lleva a una actitud realista, no obliga a ‘mirar’, sino que invita sólo a la acción expansiva y ciega, demiúrgica del sujeto. Aquí no existe teoría, sino necesaria primacía de la praxis.

En el nominalismo tanto el ‘orden’ como el ‘desorden’ son convencionales, establecidos por el hombre, artificiales. Si el hecho es un ‘mero’ hecho sin sentido,

una mera facticidad, el orden es extrínseco, y su negación, el desorden, también. Entonces no es algo grave en sí, sino sólo porque es socialmente grave. Si el aborto que hace la chica de familia no trasciende, no hay problema, está todo bien (mientras que en la perspectiva del orden natural la chica queda profundamente herida en su orden interior). Para la perspectiva nominalista-sociologista no hay mal (desorden) real, sólo convenciones no cumplidas, algo secundario. El nominalismo no puede ver el mal en cuanto tal. Tampoco entiende entonces el sufrimiento como derivado del mal moral (como sanción natural). El mal moral sólo tiene sanción social, y si zafamos de ella y de la sanción del estado, zafamos de toda sanción.

Eso explica en parte el actual desconocimiento y ‘banalización’ del mal. Mencionó aquella noche los estudios de Hannah Arendt sobre Eichmann, en los que Arendt afirma que el criminal de guerra operaba como un burócrata. Firmaba, organizaba, transportaba. En el fondo todo da más o menos lo mismo. También mencionó un ejemplo de aquella época: el aborto como algo banal, desdramatizado en la revista feminista “Marie Claire”.

Esta desdramatización y banalización trata de mostrar que el mal no es mal. El desorden sólo se conoce y sobre todo se comprende como tal desde el orden natural roto. Para quien ese orden no es real, el desorden tampoco lo es.

Frente a esto, el realismo afirma el carácter dramático del mal moral y sus consecuencias en sufrimientos para el que lo realiza y para quienes lo padecen. Porque el mal moral es desacierto, es la ruptura o la herida de un orden ontológico, profundo de las personas.

7. LA FORTALEZA COMO ATAQUE Y RESISTENCIA

En lo central de la clase se apunta en el fondo a dar sustento profundo e inteligente a la virtud de la fortaleza, y se recuerdan las dos maneras que ésta tiene de luchar contra el mal:

- 1) La resistencia
- 2) El ataque

Dado que el nominalismo no ve en su dimensión profunda el mal, no comprende la resistencia. La revolución (que supone que el desorden es extirpable, que es posible eliminar el mal, por su negación del Pecado Original) es posible en un doble horizonte, nominalista y negador de dicho pecado. Desde este enfoque se pone mayor énfasis en el ataque que en la resistencia. A mayor pérdida del sentido de Pecado Original mayor énfasis en la revolución o en el progreso indefinido.

Dice María Marta Solveyra: *Gran parte del pensamiento moderno y contemporáneo considera que el mal es meramente social y que con medidas socio-económicas se soluciona. La primacía en esta línea la posee el ataque, el arremeter con grandes reformas para instaurar un orden artificial que cubra el verdadero caos.*

En la visión realista (optimismo metafísico y ‘pesimismo’ moral) se pone el énfasis en la resistencia, que toma su fuerza de la adhesión firmísima al bien. “ Resistir

lleva consigo un acto del alma que se adhiere fuertemente al bien ”(“sustinere importat actum animae fortissime inharentis bono...”)¹.

En esta perspectiva ver el orden que está detrás del desorden ayuda a resistir. ‘Bailar en el baile sin perder la visión’. *Hypomoné*, es decir, mantenerse firme, adherido al orden subyacente por debajo del sucederse de los acontecimientos. Paciencia como resistencia al mal, que supone certeza, realismo, ubicación.

En este reconocer, soportar y afrontar el mal, lo más propio de la fortaleza, es central el papel de la inteligencia. Eventualmente en atacarlo, cuando sea posible y conveniente. Pero muchas veces ayudando a soportarlo. Sin inteligencia (prudencia) es mucho más difícil la fortaleza. Sin visión del desorden como desorden, como orden roto, y sin ver el orden detrás, y sin una reconstrucción mental del orden, la fortaleza se hace casi imposible. El voluntarismo es impotente por su ceguera para el orden.

La inteligencia es atención perseverante, que implica una constante e ‘inaudita’ actividad del alma: descubrir el orden es fruto de la meditación y objeto de contemplación. Con los frutos de esta actitud puedo permanecer de cara al desorden, al mal, al sufrimiento, me resulta soportable. No puedo permanecer en lo que sólo ‘me choca’. Es difícil este ‘soportar’ sólo como represión de lo que me hace sentir aquello que me repugna.

La fortaleza y su visión del orden detrás del desorden también hace posible la presencia, inseparable de la resistencia y de la fortaleza como paciencia. No se abandona, no se deserta, se permanece. Ante el puro desorden es humanamente imposible la presencia. Si vemos el orden detrás, podemos trabajar adentro y aguantar. Y cita a San Bernardo: el oro sigue siendo oro, aunque esté ennegrecido. Incluso ‘aunque no lo veamos’ sabemos que siempre es así, y esto nos ayuda a permanecer y a llegar a verlo en su momento oportuno.

7. CERTEZA TEORICA Y PRÁCTICA

La clase se detenía en la importancia de la certeza, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, para practicar esta *hypomoné*. No existe fortaleza, especialmente como resistencia, sin certeza. Por ejemplo, de que lo que estamos haciendo es lo que hay que hacer en una situación crítica.

La certeza se define como *firmitas adhaesionis intellectus*. “certeza es firmeza de adhesión de la capacidad cognoscitiva a la cosa que se conoce”². La base de la certeza (teórica y práctica) radica en ver lo inteligible. Y sin la visión del orden detrás del desorden se pierde la certeza. Más allá del desorden, se ‘adhiere’ cognitiva (y afectivamente) al orden. Sólo puedo ‘adherir’ al orden, a lo que tiene sentido y ‘lógica’.

Si negamos o no vemos el orden no podemos tener certeza: no tenemos nada firme en la cosa de qué aferrarnos para enfrentar el desorden. Nadamos en el devenir. Esto se ve claro en Nietzsche, para el que la ‘certeza’ es una imposición desde afuera, y no visión del *intellectus*.

¹ Summa Theologiae, II-II, q.123, a.6, ad.2 : “sustinere importat actum animae fortissime inharentis bono...”

² In III Sent. D. 26, q.2, a.4: “certitudo proprie dicitur firmitas adhesionis virtutis cognoscitivae in suum cognoscibile”.

Pero si negamos el desorden tampoco va a haber verdadera certeza: entramos en la duda propia de quien niega parte de la realidad, de quien se miente, y nos volvemos vacilantes.

Solveyra cita a Gilson: el hombre, por la confianza en el bien, “*adhiera de todo corazón al orden, al bien, y lucha por restaurarlo en él y en los demás; por su esfuerzo heroico, limpia la faz del universo, para que en él resplandezca de nuevo la faz de Dios*”³. Pero siempre se trata de un proceso ‘indefinido’ de ‘restauración’, de arreglo de lo que todo el tiempo se está desarreglando (parábola del trigo y la cizaña). Mi reino no es de este mundo. La armonía perfecta no es de este mundo.

La certeza presupone el contacto. Agrega Solveyra: *Luchar por el bien, por la verdad, es desear un contacto, un encuentro con la realidad del otro, o lo que es lo mismo, un “fieri aliud in quantum aliud” (“hacerse otro en cuanto otro”)*.

Y el verdadero ‘contacto’ no puede ni debe ser sólo con el desorden. ¿Con qué se conecta el terapeuta para ayudar a sanar? Con la parte sana de la persona. Desde allí trabaja. No se puede trabajar sólo con el desorden. ¿Con qué se conecta el médico al iniciar una terapia? Con las fuerzas naturalmente sanas del enfermo. La tradición clásica enseña que el propio organismo se cura y el médico colabora. ¿En qué se apoya un educador que trata de rescatar a un chico de la droga? ¿En qué se apoya y con qué se contacta un directivo que trata de arreglar una institución enferma?

El contacto profundo supone siempre participar en el ser de la cosa. Por lo tanto en su orden. Y trabajar desde allí.

La certeza práctica surge de la certeza teórica, que nace de la contemplación del orden detrás del desorden. Si se ve sólo el desorden sin ver el ‘orden’ subyacente no puede haber diagnóstico claro, y por ende tampoco tratamiento acertado.

Cuando se ve el ‘orden’ interno de la cosa, su ‘esencia’, se ve también qué es lo más importante y qué es menos importante: orden de prioridades, jerarquía de problemas y soluciones. Entonces la decisión es más fácil. Se ve mejor qué es lo primero y más importante que hay que hacer, sin negar la importancia de lo secundario.

8. SENTIDO Y LÍMITES DE LA CREATIVIDAD

La clase terminaba haciendo una interesante referencia (única en mis recuerdos) respecto del papel de una fantasía positiva: sería aquella que está sujeta a las posibilidades del ente. La fantasía demasiado ‘libre’ no sirve. Caos y creatividad (idealismo): se aplica como teoría estética. Imaginarlo aplicado a la educación, a la psicoterapia, a la medicina, al gobierno, a la economía.

En definitiva, ante el orden roto nunca imprimir un nuevo orden (fracasa porque la realidad no es cera, sino un orden parcialmente roto). Descubrir las tendencias en las cosas y aprovecharlas. En el caso de las personas, trabajar con su *voluntas ut natura*.

La consecuencia más general de ver el orden detrás del desorden es una mayor apertura y libertad, ‘Vivir un gran mundo’ (*magnanimitas*). Esto es indispensable

³ E. Gilson, El espíritu de la filosofía medieval, El optimismo cristiano, p. 35, Emecé, Buenos Aires, 1952.

para el cristiano especialmente en el mundo que nos toca vivir, en el que aparece la realidad social como un verdadero caos. Una mirada diferente, más amplia y más positiva que sabe ver, más allá del *mundus* en sentido de la realidad actual con sus dificultades y sufrimientos, un *mundus* que es un orden creado sabia y benévolamente.